

dor; antes parece cierto que Orellana era su mejor amigo, casi tanto como Benito, que no dejaba á Pío Cid ni á sol ni á sombra. El que le tenía una marcada aversión, hasta el punto de que varias veces quiso tomárselas de prueba, era D. Camilo Aguirre, el único enteramente refractario á sus enseñanzas. Dicen que el comienzo de esta enemistad vino de una discusión científica, promovida entre Orellana de una parte y de la otra Pepe Rodríguez y Mariano Avilés, sobre un tema tan espinoso como el de las causas finales. Orellana las defendía como si fueran personas de su familia, y los futuros médicos sacaban á relucir toda la Patología y la Fisiología para demostrar que en el mundo hay muchas cosas que no sirven para nada, ni tienen otro fin conocido que el de molestarnos y empeorar nuestra desgraciada condición. En semejante disputa no podía quedar en olvido el bazo, órgano completamente inútil y sin objeto en la vida humana, según los sabios más empingorotados. A D. Camilo, que gustaba de punzar á Pío Cid, se le ocurrió preguntarle:

—Hombre, usted que está tan enterado de todo podía acudir en auxilio del Sr. Orellana, explicando para qué sirve eso que dicen que no sirve para nada.

—Eso no sirve hoy para nada—contestó el aludido, — porque es un órgano atrofiado y condenado á desaparecer paulatinamente; pero en lo antiguo, amigo mío, el bazo era el

órgano del honor, sentimiento que, cuando los hombres lo tenían, dió lugar á muy bellos incidentes.

Rió la asamblea, Orellana se atribuyó la victoria y Aguirre se tragó la píldora, no sin intentar echar los pies por alto. Otros creen que la tirantez de relaciones nació cierto día que Aguirre, metiéndose en lo que no le iba ni le venía, preguntó á Pío Cid cuándo pensaba arreglarse la barba.

—Cuando usted se dedique á barbero—contestó secamente el interpelado.

Con lo cual Aguirre, que era más mal intencionado que discreto y que no sabía seguir una broma, comenzó á desbarrar y dijo una porción de inconveniencias, que decidieron á Pío Cid á no hacerle caso en lo sucesivo; pues no le agradaban las disputas ni los altercados, y su único medio de venganza con los bellacos era el desprecio. En realidad la causa verdadera de este antagonismo era la pretensión de Aguirre, de que le guardaran excesivas consideraciones, engreidillo, como estaba, con su gran fortuna; que más de una vez se dejó decir que él no debía estar en aquella casa, sino en el mejor hotel de la corte, y que sólo estaba allí por la amistad que le unía con D. Serapio. Pío Cid sentía gran complacencia en bajar los humos de los que pretendían imponerse sin motivo para ello, y no podía hacer buenas migas con el flatulento, bien que bueno en el fondo, de D. Camilo.

—Todos los hombres—decía—tenemos una fuerte dosis de grosería, que procede de nuestra animalidad; velada en los unos por la sencillez que da la pobreza, en los otros por las formas nobles ó por la distinción personal, ó sólo por la buena crianza; pero los que de repente salen de la pobreza, sin haber tenido tiempo para conocer el nuevo disfraz social con que han de presentarse, éstos muestran la animalidad tan al descubierto que no es posible soportarlos. Bendita sea la naturalidad cuando es natural, que yo soy el mayor devoto de ella; y estoy seguro que hubiera sido buen amigo de Aguirre cuando su señor padre era un pelagatos y no había descubierto ningunas minas de hierro, con las que en dos por tres, según parece, se ha hecho él hombre de pro y su hijo caballero, sin dar al tiempo lo que es suyo, ni dejar á la Naturaleza que obre y dé á cada cual lo que le convenga.

Lo más recio de la pelea intelectual que Pío Cid había empeñado, sin darse cuenta, con sus comensales, no se reñía en el comedor, porque el maestro no era aficionado á enseñar nada á muchos á la vez; por esto no había pensado nunca dedicarse á la enseñanza, aunque títulos y capacidad tenía para ello. Todos aquellos jóvenes le decían que era una lástima que viviese como obscuro empleado, pudiendo ser un profesor de fama á poco que se lo propusiera; pero Pío Cid con-

testaba que él tenía segura su manutención y no estaba necesitado de mayor sueldo para enseñar á quien quisiera aprender algo de lo poco que sabía.

—Cierto que no es grano de anís estar detrás de una mesa con la toga á cuestras y el birrete calado, para que las palabras salgan con la autoridad debida; yo pienso, sin embargo, que en una sociedad en que existe verdadero amor al saber no basta la ciencia oficial, sino que, además de los sabios de uniforme, debe de haber otros que enseñen, aunque sea en camisa, sin ánimo de lucrarse con lo que dicen, y diciendo muchas cosas que sólo se pueden decir cuando se hace gustosamente el sacrificio de las propias conveniencias, y diciéndolas, no á muchos hombres reunidos, que después se van y no vuelven á acordarse más de lo que oyeron, sino á uno y luego á otro, según sus entendederas, para que se les queden bien grabadas y les sirvan de aguijón que les arranque de su miserable rutina espiritual.

Ese detalle de enseñar en camisa, no crea el lector que venía á humo de pajas; era una alusión que Pío Cid se dirigía á sí mismo, por haber empezado á enseñar en ropas menores á su primer discípulo; por donde quizás, más que por otra causa, se despertó en todos los estudiantes el deseo de aprender algo de tan singular maestro.

Cuando no tenía éste ni pensado salir del

retiro de su cuarto, donde se consumía en cavilaciones, sucedió que, volviendo á casa por la cuesta de Santo Domingo, vió á Purilla parada delante de unos anuncios de teatro, y moviendo la boca como si penosamente delectara lo que aquellos papeles decían.

—¿Qué haces ahí, Purilla?—le dijo sonriendo.—Te estás empapando de fijo para ir esta noche á correrla.

—Ya sabe usted, D. Pío—contestó la muchacha,—que me estorba lo negro.

—Entonces estás enterándote por el olor.

—No, señor, que conozco algunas letras. ¿Ve usted allí en lo alto? A ver si no dice: Pa-lo-ma.

—Eso dice; y conociendo las letras, como las conoces, y con la afición que demuestras, yo te aseguro que en un mes podías aprender á leer de corrido.

—¡A buena hora pidió el rey gachas! Tengo yo la cabeza ya más dura que el *pernal*.

—Pues el pedernal echa chispas dándole con fuerza. Si quieres yo haré de eslabón y no sólo vas á echar chispas, sino que va á parecer tu cabeza un castillo de fuegos artificiales.

—¿Qué dice usted?

—Digo que, si quieres, te compro una cartilla y un cuaderno, y, desde hoy mismo, empiezo á enseñarte á leer y á escribir.

—¡Qué más quisiera yo que eso fuera verdad!

—Pues no hay que hablar más; voy á com-

prar los avíos, aquí, en la calle Ancha, y desde esta noche comienza la función.

Desde aquella noche, en efecto, comenzó Purilla á subir al cuarto de su maestro cuando terminaba sus quehaceres, que no eran pocos, porque se hallaba sola para acudir á tanto como en aquella bendita casa había que hacer. Pío Cid se acostaba, como siempre, poco después de obscurecido; pero tenía el sueño muy ligero, y las más veces ni siquiera dormía, sino que dormitaba, pensando cosas enmarañadas, de las que salían luego ideas hondas, que á veces le despertaban y le hacían llorar como un muchacho, y á veces tomaban cuerpo en forma poética, espontánea y sencilla, que se evaporaba bajo la influencia de la luz. Todo lo que le ocurría á Pío Cid era extraño, sin que él se lo propusiera, y su inspiración maniática tenía el capricho de enardecerse en la sombra y de amortiguarse en la claridad. En pleno día, con la pluma en la mano, no era capaz este desventurado poeta de componer un solo verso; y de noche, sin necesidad de buscar consonantes ni asonantes, le brotaban las poesías hechas ya, como si se las soplara al oído algún geniecillo benéfico.

Él no se molestaba en trasladarlas al papel, y á poco las olvidaba, porque venían otras nuevas y borraban el recuerdo de las anteriores; sólo cuando comenzó á dar lección á Purilla le pedía á ésta tintero, pluma y papel, y

33421

escribía las que le danzaban en la cabeza cuando su discípula entraba con la palmatoria en la mano y le sacaba de su absorción soñadora. Entretanto Purilla se sentaba junto á la cabecera, sacaba la cartilla y empezaba á señalar las letras, á juntarlas para formar sílabas y á unir las sílabas para formar palabras, hasta que, después de varios tanteos, conseguía leer una palabra ó una frase, dando más ó menos tropezones, según el viento que soplabá, pues la pobre criatura era, como decía su ama, más torpe que un guardia valón, y particularmente en tiempo tormentoso estaba como alendada, y se necesitaba la paciencia de Job para meterle algo en la cabeza. En la casa era proverbial la torpeza de Purilla, á la que todo el mundo aturrullaba con advertencias y gritos, aun antes de que cometiera las faltas que tenía costumbre de cometer. D.<sup>a</sup> Paulita, que no obstante ser pequeña de cuerpo y menuda de facciones tenía un genio que metía miedo, andaba siempre tras ella para ver de corregirla, aunque estaba segura de que la enmienda no era posible, y convencida de que la enmienda sería más bien perjudicial, porque la simpleza de Purilla estaba compensada por otras bellísimas cualidades que no son comunes en las criadas listas. Esto sin contar con que Purilla servía de pretexto constante para que su ama desfogara en ella las irritaciones que un oficio tan enojoso como el de pupilera le proporcionaba á ella,

que se había criado entre cristales, mimada y consentida como pocas. Siempre que Doña Paulita sufría una contrariedad, respice seguro. Comenzaba por llamar á Purilla, despreciativamente, Albolote, nombre del pueblecillo de donde la chica era; y á poco la infeliz, que presentía la tempestad y se azoraba, había roto una copa, un plato ó una fuente, algo que, por insignificante que fuera, diera pie para que su señora se desahogara. Después lo roto se quedaba roto y la casa como una balsa de aceite.

Pues bien; á pesar de la torpeza de Purilla, se sabe con entera seguridad que su maestro nunca se impacientó con ella, ni le dijo una palabra más alta que otra; prueba clara de la serenidad de espíritu de nuestro amigo y de su humanidad para con los débiles. Y no sólo la enseñaba gradualmente á deletrear, silabear y frasear, sino que después de una hora de cartilla y de repasar el cuaderno de palotes, curvas y ligados, que la discípula emborrataba sola antes de acostarse, había otra media hora, por lo menos, de explicación de cosas útiles para la vida. Cuando el maestro quería terminar la primera parte de la lección, preguntaba á la discípula qué quería decir ésta ó aquella palabra que había salido en la lectura; Purilla no sabía, ó sabía muy mal, lo que aquello significaba, y entonces Pío Cid se lo decía valiéndose de ejemplos de mucho relieve, tomados de la misma realidad vulgar

que ella conocía, para que así su saber no desentonara de su condición.

—Porque el saber leer y escribir—le decía el maestro—es estúpido cuando no se sabe lo que se lee y se escribe; para esto es mejor no saber nada, porque ninguna utilidad hay en tener una cazuela cuando no se puede guisar nada en ella; pero una vez que haya que guisar algo, aunque sea un faisán, mejor es guisarlo en esa cazuela que no pedir trastos prestados al vecino. Esto quiere decir que tú eres una criada, y que, aunque llegaras á ser tan sabia como Salomón, debes seguir siendo criada para ennoblecer tu oficio, que no es peor que los demás. Tú no te salgas nunca de la esfera en que te hallas, pues si está de Dios que no vivas siempre como hasta aquí, alguien vendrá que te sacará. Ha habido hombres muy grandes que han vivido hasta en la esclavitud, y puede haber mujeres muy instruídas que se dediquen á fregar y á barrer si decentemente no encuentran otro modo de vivir. Es más: si tú aprendes con ánimo de ser más de lo que eres, serás más infeliz que eres, porque en cuanto adelantes un paso ya no querrás pararte, y si llegas á doncella de buena casa, querrás untarte con las pomadas de tu señora, y ponerte, como ella, sombrero, que te pegará probablemente muy mal, porque, por mucho que aprendas, la cara que sacaste de tu pueblo no es fácil que la cambies. Al contrario, si te contentas con ser siempre

lo que eres, todo te saldrá á pedir de boca; cada día estarás más despierta para desempeñar tus servicios, romperás menos platos y te evitarás muchos disgustos. Y quién sabe si, andando el tiempo, volverás á tu pueblo y te casarás con el hijo del alcalde.

—¿Cómo sabe usted — interrumpió ella— que el alcalde de mi pueblo tiene un hijo?

—No lo sé, pero me lo figuro.

Y Purilla, después de un rato de silencio, como si examinara las ventajas é inconvenientes que tenía el casarse con el novio que le proponía su maestro, contestaba:

—No crea usted que yo vaya nunca á dejar á mi ama, que no tenía yo quince años cuando entré á servir con ella, y no me acostumbraría á vivir sin los niños. A Paquilla, sobre todo, la quiero como si fuera mía, porque, como quien dice, la he visto nacer.

En estas y otras pláticas semejantes les daba muchas noches la una, y más de una vez asomaba D.<sup>a</sup> Paulita la cabeza y decía:

—Bueno está lo bueno, D. Pío, que si no por la mañana no podré despertar á la chica ni á cañonazos.

—Eso no lo diga usted, que yo me levanto siempre á las seis—replicaba Purilla.

—Cállate, que á responzona no hay quien te gane. ¿Crees tú que todos vamos á tener la calma de D. Pío? A buen seguro que no me calentaría yo los cascos contigo para que saques luego lo que el negro del sermón.

—Mala idea tiene usted de Purilla—decía Pío Cid interviniendo;—yo doy palabra de que es muy buena discípula y de que la enseño con gran gusto. A ratos pienso que quien está á mi cabecera no es una pobre sirvienta, sino España, toda España, que viene á aprender á leer, escribir y pensar, y con esta idea se me va el santo al cielo, y me explayo como si estuviera en una llanura sin horizontes, en vez de estar, como estoy, encerrado en esta jaula.

A más de Pío Cid, D.<sup>a</sup> Paulita, con su niña y la criada, dormían en el tercero D. Benito y los estudiantes de Medicina, á los cuales intriguaba sobremanera el teje maneje de su vecino. Los huéspedes sospechaban que entre el ama y Pío Cid había algo, porque D.<sup>a</sup> Paulita mostraba por su paisano excesiva predilección; hasta que más adelante tuvieron ocasión de conocer que Pío Cid no era hombre apropiado para andar en semejantes trapisondas, y D.<sup>a</sup> Paulita, mujer muy honrada, aunque algo coqueta cuando se le despertaba la vanidad oyendo adulaciones y piropos á su gracia y á sus andares, que eran lo mejor que tenía. El buen Orellana, no obstante sus acendrados sentimientos religiosos y las relaciones formales que sostenía con una joven valenciana, con la que pensaba casarse en cuanto fuera notario, fué el único que se propasó seriamente, llegando su osadía en cierta ocasión hasta á dar á D.<sup>a</sup> Paulita un beso, nada menos que en

la boca, cuando ella estaba en la cocina con las manos ocupadas en colocar una olla en la cornisa de la chimenea. El atrevido mancebo fué despedido de la casa, y si no se marchó fué porque Pío Cid, puesto al corriente del caso, aconsejó á la ofendida que no llevara las cosas tan á sangre y fuego, y que se contentase con exigir del ofensor que de rodillas, como convenía á un hombre tan cristiano, le pidiese perdón de aquella falta de respeto, que al fin y al cabo no era ningún crimen. A todo lo cual se sometió humildemente Orellana, asombrado de hallar tales ejemplos de virtud en una casa de huéspedes de la calumniada corte de las Españas. No era inferior en honestidad la Purilla, arisca y repelosa como un erizo con todo el que pretendía bromear con ella; pero viéndola entrar todas las noches en el cuarto de Pío Cid, los del tercero comenzaron á murmurar y á decir que la criada, aunque fea en conjunto, no tenía malos ojos y era sanota y rolliza, y no del todo mal formada; y aun llevaron su malicia hasta el punto de espiar por detrás de los visillos del cuarto, cuya puerta era de cristales y dejaba ver la cama frente por frente; mas nunca observaron nada contrario al buen recato. La criada leía la cartilla ó escuchaba con todos sus sentidos puestos en lo que se le decía, y Pío Cid, sentado en el lecho, el codo izquierdo apoyado sobre las almohadas y el brazo derecho libre, para acompañar con el gesto las explicaciones,

oía ó hablaba reposadamente. Sobre la blancura de las ropas del lecho y de la camisa dormir, resaltaba con vigor su cabeza, más bien grande que pequeña, poblada de cabello muy obscuro, largo, que casi le llegaba á los hombros, formando, juntamente con la espesa y descuidada barba que le cubría parte del pecho, un marco en el que se ocultaba parte del rostro. Sólo quedaba descubierta la frente anchísima, y debajo de las salientes órbitas, los ojos, penetrantes y duros, cuya mirada estaba sostenida por la expresión punzante de la nariz, correcta, fina y afilada como una lezna.

Tan contagioso es el bien como el mal, y aquellos mal aconsejados estudiantes, que si hubieran visto alguna indignidad se hubieran apresurado á ser también indignos á expensas de la criada, viendo tan edificante escena sintieron el deseo de entrar en amistad con aquel maestro tan desinteresado que, según D.<sup>a</sup> Paulita, era comparable á un sastre de su tierra, el célebre sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo.

—Puesto que es usted tan amigo de enseñar—le dijo un día Pepe Rodríguez,—¿porqué no nos da usted á D. Mariano y á mí algunas lecciones de alemán, que buena falta nos haría para leer obras de fondo?

El alemán era un pretexto, y así lo conoció el profesor; pero el pretexto era lo de menos, pues con uno ú otro se puede enseñar

cuanto se quiere, y Pío Cid era capaz de enseñar á hacer pajaritas de papel é incidentalmente explicar un curso completo de Metafísica. No era completamente lego en Medicina, puesto que á la sazón tenía empantanada la traducción del inglés de un *Tratado de Obstetricia*, que comenzó cuando vivía con su familia, y no había vuelto á mirar ahora que la necesidad no le apremiaba. Así, pues, accedió á dar las lecciones que se le pedían, en las que injertó después algunas nociones de griego, que—decía—un buen médico debe siempre conocer, para emplear con acierto el tecnicismo de su profesión. Al mismo tiempo ejercía también de consultor de Orellana, que terminaba el doctorado y se preparaba para las oposiciones.

Pero el discípulo predilecto fué Benito, el estudiante de Farmacia, al que no instruía en ninguna rama del saber, sino en el arte difícilísimo é inagotable de vivir, del que el infeliz muchacho estaba completamente en ayunas. En la casa todos le tenían por medio simplón y se divertían á su costa. La broma más inocente era la de los garbanzos. Benito era de Fuentesauco, patria de los garbanzos más gordos y tiernos de España, y D.<sup>a</sup> Paulita guiaba ¡doloroso contraste! unos garbanzos durísimos que Pepe Rodríguez decía que eran traídos directamente de Fuentepiedra. Se había, pues, decidido solemnemente que Benito encargara un saco, no ya de garbanzos, sino

de garbanzas, de su pueblo, que los huéspedes pagarían á escote; y como Benito no se daba por enterado, no le dejaban vivir con el martilleo de si venían ya de camino ó estaban para llegar las célebres leguminosas. Cuando no eran los garbanzos era algo peor, y lo que más incomodaba á Benito eran los consejos para persuadirle á que dejara la carrera emprendida, en la que después de estudiar mucho—le decían—necesitaba un capital para establecerse, y, al fin y al cabo, para estar siempre pegado á un mostrador como un tendero de ultramarinos. Benito volvía por los fueros de la farmacopea, y argumentos le sobraban para defenderse si él hubiera sabido manejarlos; pero el más fuerte de todos, el que achicó á la tertulia y agigantó la enclenque figura del maltratado estudiante, fué inventado por Pío Cid y aprendido con entusiasmo por el futuro boticario en las conferencias que ambos celebraban. Y fué que, lamentándose Benito de lo ingrato de su carrera, y mostrándose arrepentido de haberla comenzado, comprendió el maestro que era preciso fortalecerle el ánimo é inspirarle la idea madre de todas las enseñanzas, el amor á lo que se aprende y la convicción de que aprendiendo aquello se es tan digno, si no más, que aprendiendo otra cosa cualquiera, y se cumple en la vida un fin transcendental; porque nadie se entusiasma cuando su trabajo es menospreciado, y sin entusiasmo no hay

fuerza para acometer grandes obras. Así, pues, tomó la palabra, y contra su costumbre de hablar largo, habló así:

—Siento tener que decirle, amigo Benito, que es usted una criatura sin fundamento, y que el día menos pensado le van á asegurar á usted que los burros vuelan y usted los va á ver volar. No faltaba más sino que por influencia de cuatro tontos renegara usted ahora de la profesión de su padre y de su abuelo, y dejara la honrada y útil carrera que comenzó muy á gusto de su familia, para seguir la de leyes, que más que carrera es calamidad pública en España. Abogado soy yo y no me arrepiento, porque no me gusta arrepentirme de ninguna cosa que hago, y de ésta menos; que la hice por consejo de mi buena madre; pero ni ejercí nunca mi profesión, ni he ganado con ella un real, mientras que con las manipulaciones químicas he ganado dinero y he influido beneficiosamente en mi país. Ya veo que usted se extraña de que yo haya metido también las narices en asuntos tan ajenos á mi oficio; pero aquí donde usted me ve, yo he sido, entre otras mil cosas, director de una explotación de abonos químicos y he inventado algunas fórmulas, empleadas hoy mismo con buen éxito en el cultivo del olivo y de la vid, que constituyen la mayor riqueza de nuestro suelo. Y algunas veces, cuando me dedicaba á estos estudios, se me venía al entendimiento una idea que le voy á explicar en



pocas palabras. Seguramente el sistema de abonos químicos es un notable adelanto económico, y aun estético; el estiércol es sucio, mal oliente y difícil de transportar por su gran volumen; ¿cuánto mejor no es usar el abono en pasta ó en polvo, en el que se combinan diversas sustancias, como en una receta, para producir en las labores el efecto que se apetece, según la clase de tierra, el clima y la especie de cultivo? Pues bien: mi idea es introducir este adelanto en la vida humana. No digo yo que el hombre sea comparable á un árbol, y los alimentos de que se nutre comparables á la basura; pero como ejemplo se puede admitir la semejanza, y si yo tuviera empeño, no me costaría mucho trabajo demostrar que la mayor parte de las cosas que comemos son verdaderas porquerías. Sería más limpio, más cómodo y más sano cambiar la actual alimentación por el «alimento químico», y esta revolución, que yo estoy cierto ha de acaecer para bien de la humanidad, ha de ser obra de ustedes los farmacéuticos. Supóngase usted que á un modesto boticario se le ocurra componer pastillas concentradas, en las que se contiene la alimentación completa del hombre; una pastilla representa igual cantidad de substancia nutritiva que los cuatro ó seis platos que nos sirven en cada comida; y no es esto sólo, sino que hay pastillas de diversas clases, según la edad, el temperamento ó estado de salud de quien las consu-

me, de suerte que el alimento, además de nutrir, cura las enfermedades ó impide que se presenten, en cuanto sea posible; y por último, las hay para los diferentes paladares, á fin de que sea más fácil y grata la deglución. Quien tal compusiera pasaría quizás por inventor extravagante, pero esté usted convenido de que había cambiado la condición humana, mejorándola hasta un extremo inconcebible. Porque se habría hallado un producto universal, de valor fijo; y así como el metro es una medida constante mientras subsista la Tierra como hoy es, así la unidad de alimentación química tendría su fundamento en nuestra naturaleza y sería la base de todas las relaciones entre los hombres. El Estado podría sustituir todos los recursos económicos con que hoy se sostiene por el monopolio de la alimentación; sería propietario de la tierra y de todas las primeras materias nutritivas, que poco valor tendrían, porque, habituados los hombres á la nueva alimentación, desdeñarían la antigua y grosera; del mismo modo que hoy se gastan su dinero en casa del sastre y no quieren vestirse de pieles, hojas ó plumas, como los salvajes. Pero lo más importante sería que, creado un producto de valor humano, nacería la moneda humana, la «moneda alimenticia», representada realmente por las pastillas que el Gobierno fabricara en sus laboratorios y fiduciariamente por créditos alimenticios, pagaderos en especie, con los que

cubriría todas sus atenciones. Vea usted resuelta de plano la cuestión social, de la que tanto se habla, y que sin el medio que yo le indico á usted no tendrá arreglo jamás. La sociedad tendría como misión primordial la alimentación de todos los asociados y se realizaría la verdadera igualdad humana. Porque la desigualdad no está en que unos valgan ó posean más que otros, sino en que unos tengan asegurada una excelente nutrición mientras otros viven mal comidos y con la zozobra natural en quien no tiene más recursos que los diarios y puede verse privado de ellos. En cuanto todos los hombres tuvieran asegurado el alimento, ¿qué diferencia habría entre el que sólo gana para vivir y el que acumula riquezas y reúne créditos alimenticios para muchos años? Que el que acumulara podría vivir en la ociosidad como recompensa de sus anteriores trabajos, y sin privar á los otros de los medios indispensables para la vida. Porque quien quiera que no pudiese vivir de su trabajo libre, de las mil profesiones que hoy conocemos y de las que aparecieran más adelante, tendría siempre una puerta abierta: ponerse al servicio del Estado y contribuir á la producción de valores alimenticios, en lo cual no habría límite, pues cuanto se produjera sería utilizado por la nación ó por otras naciones que cambiaran por estos productos los de sus industrias, ni más ni menos que como hoy, aunque en forma diferente, se rea-

liza. Asimismo, si el Estado subvenía á la nutrición de los niños hasta la edad en que el trabajo fuera posible, el crecimiento de la población sería maravilloso y la situación de la mujer cambiaría radicalmente, puesto que el vasallaje á que el hombre la tiene sometida no se funda en la inferioridad de la mujer, sino en la necesidad en que ésta se ve de ligarse para asegurar la existencia de la prole. En suma, amigo Benito: el día en que todas las cocinas particulares se fundieran en una cocina universal, que no sería cocina, sino laboratorio, y no uno solo, sino varios en los diversos centros de producción; cuando los Gobiernos cuidaran de la alimentación cierta, uniforme y científica de todos sus gobernados, se evitaría el triste espectáculo de nuestras luchas por un mísero pedazo de pan, y los hombres podrían entablar combates más nobles por cosas del espíritu que, por no estar sujetas á medida, permiten á cada cual subir tan alto como se lo consienten sus facultades naturales y su aplicación. Entonces todos podríamos dormir con la conciencia tranquila, sin pensar, como yo pienso muchas veces, que en el momento que unos comen hay otros que se mueren de hambre; de donde viene que yo tenga tan poco apetito, según usted ha notado en más de una ocasión.

Contentísimo se quedó Benito oyendo este discurso, en el que tan lisonjero cuadro se trazaba de la vida futura, y en el que tan bri-

llante y principal papel se atribuía á los químicos en general y á los boticarios en particular; y le parecían siglos las horas que faltaban para la de comer, y proclamar ante sus petulantes compañeros las excelencias del estudio farmacológico y los horizontes que á éste se le abrían con la idea feliz del alimento químico, que á él le pareció tan al alcance de la mano que casi veía ya delante de sus ojos las pastillas milagrosas, que, además de suprimir las molestias de la comida y aminorar considerablemente las de la digestión, resolvían la «pavorosa cuestión social», de que los periódicos hablaban á diario. Los comensales se dividieron en dos bandos; pues mientras la mayoría, con Orellana á la cabeza, combatía la idea por impracticable y ridícula, los estudiantes de Medicina y Carlos Cook, el canario, decían que mayores absurdos aparentes han llegado á tener realidad, y que no había motivo para burlarse de D. Benito; el cual, satisfecho de aquella discordia en los pareceres, se creció de una manera extraordinaria y comenzó á mirar por encima del hombro á sus contradictores, con quienes sostuvo empeñadas polémicas, recordadas aún por cuantos se hospedaban en casa de D.<sup>a</sup> Paulita, y por algunos que, sin ser huéspedes, comieron allí invitados, algunas veces, como le ocurrió á Cándido Vargas, amigo y compañero de estudios de Orellana y de D. Perfecto. Por él conozco yo todos estos detalles, como dije, y,

por si no bastaran, la descripción de un banquete que dió Orellana á sus amigos para celebrar su triunfo en las oposiciones á Notarías. Porque Vargas, antes de dedicarse al periodismo, estuvo tentado de escribir novelas y comenzó una titulada *La nueva generación*, de la que sólo llegó á componer el capítulo primero, donde, bajo el epígrafe, apesostamente fisiológico, de «El Protoplasma», describía el banquete y el grupo de jóvenes que á él asistieron del modo que verá el curioso lector.

Entre los papeles que Vargas me envió, cuando yo le pedí que me dijera cuanto supiese de Pío Cid, con ánimo de escribir esta historia, figuraba el famoso «Protoplasma», que me sorprendió á más no poder. Pensé desde luego utilizarlo, pero no sabía cómo, pues ni me gusta adornarme con plumas ajenas, ni era cosa de deshacer aquel capítulo que, bueno ó malo, había sido compuesto por un tan estimado amigo mío. Así, pues, escribí á éste una carta en que le decía:

«Sr. D. Cándido Vargas.

»Director de *La Juventud*.

»Madrid.

»Mi querido amigo y compañero: Te voy á distraer un instante con una nueva petición, referente á mi pleito de Pío Cid; y perdóname la insistencia, ya que no por mi mismo,

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

por consideración á la memoria de tan noble amigo. Entre las cartas y apuntes que me has enviado, y que te agradezco en grado sumo, encuentro un capítulo de novela titulado «El Protoplasma», que querría publicar tal como está, como cosa tuya, se entiende. Hay en esto algo de delicadeza, pero para serte franco también hay algo de prevención. Quiero decir que tu capítulo me parece bueno, pero que yo no lo daría con mi nombre, porque entiendo los asuntos literarios de muy distinto modo que tú, en lo cual nadie pierde ni gana.

»No voy á explicarte todos los reparos que se me ocurren, sino algunos que merecen explicación de tu parte. Por ejemplo, tú pones la casa de huéspedes en la calle del Arenal, y no en la de Jacometrezo, que es la verdadera, y á mí me parece el cambio poco afortunado, porque la segunda calle, como más estrecha y oscura, es más propia para colocar en ella un cuadro de la vida estudiantil, oscura con la obscuridad que da el poco saber y el no mucho tener, y para que en ese cuadro resalte más la figura de Pío Cid, que no es la de un maestro de relumbrón, sino la de un Diógenes, ó poco menos, amante de la grandeza oculta y de la virtud miserable. Además, y esto tiene más importancia, introduces dos tipos que me huelen á ser de pura invención: Felipe Bonilla y Augusto Sierra piensan casi como Pío Cid, aunque hablan de distinto modo, desluciendo la figura principal, á la

que se diría que pones empeño en recortar para igualarla con las de los infelices gurripatos que le rodeaban. Y no sólo haces esto, sino que presentas á Pío Cid por el lado menos favorable; lo que él dice allí sobre el sexto sentido, verbigracia, es cosa suya, esto no lo dudo, pero sí dudo que lo dijera en aquella ocasión y delante de tanta gente. Claro está que tú no te propusiste presentar solo á Pío Cid, y que lo utilizaste como bien te pareció en el grupo que describías; pero la verdad en su lugar, y la verdad es que el Pío Cid de «El Protoplasma» no es enteramente el mismo que yo conocí y que tú me has ayudado á conocer.

»No insisto más y te repito mi ruego de al principio, confiando en que no tendrás inconveniente en la publicación de unas páginas tan interesantes para quien desee conocer con todos sus pelos y señales la vida de un hombre tan singular como Pío Cid. Escríbeme, pues, y cuenta siempre con el leal afecto de tu viejo amigo y camarada,

»ÁNGEL.»

Á esta carta se apresuró á contestar mi amigo con la siguiente, breve y substanciosa como pocas:

«Mi muy querido amigo:

»Ya que no te escriba tan largo como deseara, no quiero que me taches de perezoso, y te contesto en el acto que recibo la tuya.

»Ni siquiera me acordaba de haber escrito el capitulejo ese, que tú has leído y analizado con más detenimiento que yo lo escribí.

»Llevas casi razón en lo de la calle, y la llevas por completo en lo demás. Yo hice el cambio porque me proponía poner en solfa á la patrulla y no quería exponerme á que alguien se diera por aludido.

»Has tenido gran olfato al conocer que Sierra y Bonilla son dos pegotes. Ellos existen si no se han muerto, y yo los conocí; pero no estuvieron jamás en la calle de Jacometrezo, ni dijeron en su vida lo que dices que les hago decir.

»Lo que pasó fué que yo estaba entonces sugestionado por la novedad naturalista; para mí una novela debía tener fisiología, mucha fisiología y muchos detalles descriptivos, y de los héroes huir como el diablo de la cruz.

»Para que en mi novela no hubiera ningún héroe se me ocurrió, sin duda, partir á Pío en tres. Era mucho hombre.

»Dispensa todas estas tropelías y haz lo que te parezca de mi «Protoplasma». Publícalo con ó sin retoques, y cuenta que no le doy al asunto la menor importancia.

»Ya sabes mi opinión. Con la literatura no se va á ninguna parte, y cada día se ha de ir menos. El libro ha muerto. R. I. P. Amén.

»Y con el periódico pronto ocurrirá lo mismo.

»Sabio tú que vives retirado en esa ciudad

de los cármenes, disfrutando de tu prebenda municipal, y que te entren moscas.

»Adiós; un abrazo de tu viejo

»CÁNDIDO.»

Así decía la carta, y, no obstante la autorización de mi amigo, es tal el respeto que me inspira el trabajo de los demás, que no he querido cambiar punto ni coma en lo que él escribió, que fué lo que sigue:

#### «EL PROTOPLASMA

»Poco después de obscurecido entró Pepe Orellana en el café Imperial.

»Se dirigió á la mesa donde tenía costumbre de sentarse todas las noches, y saludó á dos jóvenes que allí estaban discutiendo sobre la corrida de toros de la tarde anterior.

»—¿No ha venido todavía D. Perfecto?—preguntó.

»—Vino y se marchó hace poco—contestó uno de aquellos jóvenes con acento andaluz muy marcado.

»—Son ya cerca de las siete—agregó Orellana, mirando al reloj del café.—Si queréis nos iremos, y en casa nos encontraremos todos.

»Se levantaron los jóvenes, se pusieron las capas y los sombreros, y sin pagar, pues eran parroquianos asiduos y pagaban cuando querían ó podían, se marcharon á la calle encaminándose hacia la del Arenal.

»—Por fin corremos la broma—preguntó el del acento andaluz, que, en efecto, era sevillano y se llama Augusto Sierra.—Bonilla, creía que nos tomabas el pelo.

»—Bonilla—dijo Orellana—es un informal y cree que todos son como él. A ver si no está aquí el palco—añadió, mostrando un papel encarnado.—Y en casa está todo lo demás.

»—Magnífico—exclamó Bonilla;—me retracto de lo dicho, y reconozco que eres digno de una notaría y hasta de un archipampanato.

»Para los lectores que no están en el secreto, conviene declarar que Pepe Orellana acababa de ganar por oposición una notaría, y que con tan fausto motivo había dispuesto, en obsequio de algunos compañeros y amigos, un banquete en la casa en que se hospedaba, y para acabar de echar á perder la noche, un rato de broma en el teatro de la Zarzuela, donde había baile de máscaras.

»Llegaron los tres amigos á la casa donde vivía Orellana, en la misma calle del Arenal; subieron al segundo, y después de soltar sombreros y capas en el pasillo, entraron de rondón en el comedor, en el que estaban de pie vociferando varios jóvenes.

»Aunque interrumpieron su acalorada disputa al llegar Orellana y sus amigos, debían disputar sobre tema ya pasado en cuenta, porque Orellana, apenas entró, dijo:

»—Haga usted el favor, D. Benito, de dejarnos en paz con su alimento químico, que hoy no es día de aplicar ningún invento, sino de comernos una paella valenciana que yo le encargué á D.<sup>a</sup> Paulita, y que Dios haga que salga bien.

»Y dicho esto le miró con fijeza, como si fuera á comérselo con los ojos, mientras con un gesto habitual en él se subió de hombros y se tapó la boca con la mano derecha, apoyando sobre el arco que forman el pulgar y el índice la nariz ancha y aplastada, que era lo más característico de su fisonomía de hombre testarudo.

»El D. Benito no contestó. Era un joven farmacéutico, mancebo de botica y autor del invento á que se refería Orellana. Yo no sé si el invento sería disparatado, pero el aspecto del joven no daba buen indicio, pues la frente era pequeña y los ojos tan próximos, que no distaban el uno del otro más de media pulgada. Parecía más tereco que inteligente.

»Los demás que estaban en el comedor tenían figura más distinguida. Uno de ellos, de aire seco y flemático, era canario, natural de Orotavá, y al saber que se llamaba Cook y Pérez, se caía en la cuenta de que era un español retocado de inglés. Los otros dos eran bilbaínos, y estaban para acabar la carrera de ingeniero. Se llamaban D. Camilo de Aguirre y D. Serapio de Asúa, y eran amigos insepa-

rables y grandes aficionados á gastarse alegremente el dinero.

»Don Serapio se moría por la ópera y los toros, y después de Dios ponía á Gayarre y á Frascuelo. Casi siempre hablaba gritando, como no se lo impidieran las ronqueras que solía coger y que le obligaban á llevar al cuello, como medida preventiva, un pañuelo de lana.

»El D. Camilo era más eclético y se aficionaba á toda clase de diversiones, en particular á las piezas en un acto. En los teatros por horas era muy conocido, no sólo porque iba con frecuencia, sino por un rasgo fisonómico muy marcado. Sus narices eran de las llamadas de á cuarta, y seguramente tendrían nueve centímetros, más bien largos que cortos.

»No tardaron mucho en llegar otros tres huéspedes de la casa. Primero dos discípulos de Esculapio, que eran de los más divertidos de la reunión, y entraron tarareando á dúo la marcha de *Cádiz*, y á poco el orensano Vila, amigo y compañero de cuarto de Orellana.

»Vila era uno de esos hombres cuyo nombre engaña. Quien oyera hablar de D. Perfecto Fernández Vila se figuraría á un caballero alto y enjuto, con planta de militar ó de juez; y, sin embargo, era un tipo rechoncho, el rostro coloradote, la barba rala y los ojillos alegres, aunque poco expresivos.

»—Hombre—le dijo Orellana cuando le

vió entrar—eres el último que llega, y no será por no haber ido á buscarte.

»—Ya te contaré. Un tropiezo afortunado....; en fin, ya te contaré.

»—Me apuesto—dijo Sierra—á que has emprendido la conquista de alguna maritornes.

»—Las maritornes para ti, que eres especialista en el género—respondió Vila.

»—Señores, haya consideración á lo sagrado de este lugar—interrumpió con fingida gravedad Orellana—y sentémonos.

»Y después, mirando alrededor suyo, añadió dirigiéndose á la criada, que estaba en la cocina, al lado:

»—Pura, haz el favor de decirle á D. Pío que se le ruega que venga.

»Todos se fueron sentando donde tenían costumbre, salvo D. Perfecto, que se fué á un extremo de la mesa, dejando sitio para Sierra y Bonilla, que eran convidados de fuera, y se sentaron á la derecha de Orellana.

»A la izquierda de Orellana se sentaron Aguirre, D. Serapio y Cook, y en lado opuesto los doctores, como llamaban á los estudiantes de Medicina Pepe Rodríguez y D. Mariano, y D. Benito, quedando entre éste y el canario una silla desocupada para D. Pío.

»El cual se presentó á poco, y saludando con un breve «buenas noches», se sentó. Era un hombre de alguna más edad que los allí reunidos, alto y de presencia varonil, y al primer golpe de vista algo antipático. A pesar de

su barba espesa y oscura, tenía cierto aire sacerdotal.

»Era un solterón, sin familia, empleado de Hacienda y paisano de la dueña de la casa, D.<sup>a</sup> Paulita, andaluza muy desenvuelta, con la que malas lenguas decían que si tenía ó no tenía ó dejaba de tener cierta intimidad. Lo cual les parecía á todos naturalísimo por la costumbre que hay de que las patronas sueltas tengan algún requeleque.

»Mientras se servían la sopa, inició la conversación D. Perfecto con diversas consideraciones acerca del porvenir sonriente del afortunado Orellana.

»—Aquí tienen ustedes—decía—á un hombre que ha resuelto su problema. Dentro de poco se posesiona de su Notaría, que le dará dos ó tres mil duros, limpios de polvo y paja. Y esto para empezar. Después se va á Valencia, se casa con su novia, que es una realísima moza, y no se vuelve á acordar de ninguno de nosotros.

»—Hombre, no hay que exagerar—contestó Orellana.—Los amigos son siempre amigos.

»—Vaya—dijo Sierra,—que á Vila se le hace la boca agua pensando que él podría ir de Notario á Orense<sup>a</sup> y casarse con la rapacina que tendrá allí esperándole.

»—Prefiero eso á andar, como tú, rodando por los periódicos, engañando al público incauto—contestó Vila.

»—Pues yo afirmo—repuso Sierra—que los

que piensan como tú son unos degenerados. Porque bueno es que las mujeres se dediquen á pensar en el casorio, pero los hombres deben pensar en algo de más transcendencia. En cuanto se reúnen varios jóvenes, he notado que no hablan ahora más que de tener un sueldo y casarse, lo mismo que si fueran mujeres. Y es que la juventud de hoy está afeminada y su único ideal es asegurar el plato.

»—Tiene usted razón que le sobra, D. Augusto—dijo D. Pío interviniendo;—nuestra juventud debía estar encerrada en San Bernardino.

»—Hacía falta en España un nuevo Hércules—agregó Sierra—que volviera de arriba á abajo la nación.

»—Pues yo creo—añadió D. Pío—que si Hércules resucitara no querría cuentas con nosotros. Porque se comprende que entre sus doce famosos trabajos acometiera al más penoso de todos, que, á mi juicio, debió de ser el de limpiar los establos de Augias. Pero aquí lo que tendría que hacer sería limpiar los establos por doce veces, y aún quedaría materia para otras doce; y esta operación me parece más propia de un basurero que de un héroe semidivino.

»Esta ocurrencia hizo gracia á D. Benito, quien se echó á reír al mismo tiempo que mascaba la primera cucharada de garbanzos, y estuvo á punto de ahogarse con uno que se le atravesó de mala manera.